

## Colección Ariel

*AMERICANOS y españoles nos desconocemos. Los sudamericanos nos miran recelosos al través de las brumas de mar y de las sombras de una historia labrada por estadistas ingnaros y codiciosos, olvidando que en todo tiempo alentaron aquí hijos preclaros que abominaron de sus clases directoras y soñaron en forjar una España generosa y sabia, digna de Europa, y colaboradora en la universal cultura. Estimamos, en fin, fecundísima una conjunción ideal entre esas pujantes repúblicas americanas, limpias de la roña de la tradición, aportadoras, a la política, de concepciones y tendencias conformes con el ideal moderno y el noble y viejo tronco nacional, empobrecido por las cargas y parasitismos de tres siglos de estéril lucha, casi siempre contra sus más caros ideales y positivos intereses.*

*Supongo que no todos los americanos o españoles de América nos visitarán exclusivamente como turistas. En la esfera del arte somos todavía ricos; mas en la de la*

ciencia, no somos enteramente pobres. Creo sinceramente que si los profesores, médicos, naturalistas, físicos, filólogos, historiadores, etc., americanos, se decidieran, con ocasión de sus frecuentes visitas a París y Berlín, a hacer escala en Madrid y frecuentar nuestros Laboratorios y Centros de trabajo intelectual, no perderían el viaje. Verían que en el viejo solar no todo es caduco: hay ramas que brotan con vigor y anuncian la bella floriscencia. A gran honra tendría la **Universidad**, y singularmente la **Junta de pensiones**, poner a disposición de los turistas sus profesores más insignes, sus Laboratorios y centros culturales y todos los recursos docentes y materiales. Después de convivir espiritualmente con nosotros, los intelectuales americanos se llevarían, con el recuerdo de nuestro afecto, la satisfacción de haber conocido una faceta, pequeña sin duda, pero acaso la más noble y simpática, de la intelectualidad y del patriotismo español.

SANTIAGO RAMON Y CAJAL

## La gran angustia

**U**N sol amarillento de primavera iluminaba las hojas de los limoneros con reflejos dorados. Hasta la empalizada hecha con ladrillos resquebrajados y madera vieja llegaba el olor enervante de la hierba, ese aliento de tierra que estalla en un hervidero de sensualidad. Por todas partes trepaban las lianas, los acianos, las amapolas. Era un jardín encantado y salvaje, lleno de humedad y de silencio. La luz de la mañana había puesto sobre el verde de los senderos una pátina de oro antiguo. Detrás de los árboles despuntaba la verdadera alegría del vivir, la frescura inagotable de la naturaleza que todavía no había sido mancillada por la depravación humana. Ante el horror de la matanza, frente a la delirante atrocidad del suicidio colectivo, el filósofo se sintió inquieto y turbado. Como los héroes de Boccaccio, huyendo de la peste de Florencia, quiso buscar un retiro agreste, la soledad frecuentada por los lagartos, visitada sólo

por los insectos de élitros metálicos y alas zumbadoras. Se había desencadenado sobre el planeta un azote mucho más espantoso que la epidemia negra de los florentinos. Monstruos de acero, forjados para desgarrar las entrañas de los astros, rugían a cada segundo. En la atmósfera flotaba un veneno sutil que hacía flácidas las carnes y convertía a los hombres en espectros. La muerte dormía en la cápsula blanca de los azahares y se aspiraba con el perfume de las flores. Cortejos de carretas fúnebres, chorreando sangre por sus ejes, aparecían y desaparecían como fantasmas. Ejércitos de enterradores mudos, embozados en cogullas sombrías y esgrimiendo hachones funerarios, caminaban hacia lo desconocido. El viento traía el ruido de las campanas como si fuesen quejas, y removía el cántico de las oraciones como si fuesen despedidas. De todas las encrucijadas surgían visiones macabras y escenas de agonizantes. Y fué entonces cuando el filósofo escapó al espectáculo de tanta miseria, aturdido por el toque crepuscular y moribundo de las altas torres. El círculo de sangre se había ensanchado. Otras naciones, nuevas razas, se habían apresurado a participar del abominable

desgarramiento. El filósofo había observado demasiado, se había encallecido en el análisis del desastre, y sentía agotarse su reserva sentimental. ¿Para qué derrochar las lágrimas? Ninguna tarea más loca que la de cicatrizar lo irremediable. Nada más peligroso que jugar con el corazón la comedia hueca del afecto y de la simpatía. Bajo la empalizada rústica, sobre la mesa de piedra enverdecida por las lluvias, oculta en el follaje, salpicada por el sol en forma de pequeñas manchas luminosas, un libro estaba abierto. El filósofo inclinaba sobre las páginas su cabeza grave y plateada. Al través de los párpados suavemente entornados, se filtraba una mirada gris, fría, errante, una mirada de ensueño. Su mano fina, transparente, surcada por venas de un azul oscuro, se crispaba sobre la mejilla pálida. Un arrullo de hojas, profundo y tranquilo acariciaba el oído y adormecía los nervios. En medio de la paz, del arrobamiento, el silencio parecía mecer ideas. El filósofo había llegado al canto trigésimotercero del Infierno, cuando Dante entra en el recinto blanco, donde el hielo oprime con estrechas ligaduras a los condenados. Sobre el desierto helado, una humanidad sufre

boca arriba. Su mismo llanto le impide poder llorar. El dolor se ha petrificado. Las lágrimas, que no pueden salir afuera, caen hacia dentro para aumentar la angustia. Los sollozos se han transformado en hielo, y hasta los mismos ojos desaparecen bajo una pared de cristal. El filósofo, aterrado, lleno de emoción, leyó:

*Lo pianto stesso lo pianger non ascia,  
E' duoli, che trova in su gli occhi rintoppo,  
Si volve in entro a far crescer l'ambascia:  
Ché le lacrime prime fanno groppo,  
E s' come visiere di cristallo,  
Riempion sotto l' ciglio tutto il coppo.*

Labrisa hizo volver las páginas. Un abatimiento plácido, una laxitud extraña, invadió al lector. Sus piernas flaquearon y la barba se clavó en el pecho, como si se hubiesen aflojado repentinamente todos los resortes de la voluntad. Había tropezado de pronto con el gran sufrimiento inexpressable, con la gran angustia que no puede brotar a la luz, que queda en el fondo de nosotros y que nos roe la base de nuestra alma. El filósofo se sentía vencido. Hace seiscientos años el poeta florentino había adivinado el espectáculo soberbio y trágico de una humanidad anegada y endurecida en su propio dolor. Ante el choque gigantesco de los hombres, ante

la congoja que se amontona, ante la miseria que aumenta y el padecimiento que crece día a día, la sensibilidad humana reviste su túnica polar. ¿Con qué objeto seguir fabricando teorías absurdas? ¿De qué sirven las fórmulas magníficas? Seguiremos sufriendo al través de dos ojos glaciales. La gran angustia es la solución de un problema que se renueva con nuestro ser "El mismo llanto nos impedirá llorar." Poco ganaremos con atormentar nuestros cerebros modernos, máquinas sutiles fatigadas por el vicio y podridas de literatura. Más vale, como el filósofo, cerrar el libro de la vida en la soledad y dejarse arrastrar por el sueño.

ADOLFO AGORIO

(*La Nota*. Buenos Aires.)

## Ciencia y moral práctica

**L**A Academia de Ciencias acaba de celebrar su sesión anual de apertura, con el objeto de conmemorar a sus miembros fallecidos durante el año, presentar a los recién electos y recordar a sus bienhechores. Con motivo de esta bella ceremonia cuya impresión es tan benéfica sobre el ánimo de los espectadores, pues así, rindiendo homenaje a los más nobles afectos, cariño, amistad y gratitud, reivindica la ciencia su carácter humano que el vulgo suele olvidar, considerándola más bien una especie de magia indiferente a la vida de los hombres, el secretario perpetuo de la Academia, señor Gaston Dardonk, ha recordado a los donantes que desde hace ciento diez años aseguran con sus liberalidades la acción pública de la venerable "compañía" y prestan con ello a la humanidad el más señalado servicio.

Dado que tal beneficio constituye una alta lección de moral práctica, pues apenas existirá manifestación más elevada de solidaridad que este destino de la fortuna a obras de beneficio social, creo útil comunicarla a los maestros como un tema de aplicación eficaz a la modificación de nuestras costumbres.

Necesítase, efectivamente, infundir a los futuros ciudadanos, la convicción de que la fortuna privada, por muy bien adquirida que sea, no es un producto exclusivamente personal, un fruto aislado de quien directamente la formó, sino una consecuencia del esfuerzo social concurrente, de la seguridad, del progreso, de la actividad generales; pues sin estos elementos, fuera estéril el esfuerzo del individuo. Cuanto más grande es la fortuna, más ha necesitado de ellos, y por consiguiente más cerca está de constituir un bien social; dado que la falta de cooperación a su fomento, causaría en poco tiempo su ruina. Sí, pues el esfuerzo social es indispensable para prosperar y crecer, resulta justo que sus beneficios alcancen también a la sociedad como una compensación más o menos directa.

Ahora bien, como la eficacia del concurso social está en razón directa de la civilización alcanzada por la sociedad, y como los agentes más eficaces de la civilización son la ciencia y el arte, el modo más fecundo de efectuar aquella compensación, consiste en fomentar dichas actividades. Con esto, tiéndese también a una solución radical del problema de la miseria, en cuanto ello cabe dentro de las actuales instituciones, dado que la caridad sólo intenta su alivio parcial, sin atención a la desgracia causante; pues la única forma de ayudar a los hombres sin humillarlos, es fomentar su situación de reaccionar y de pros-

perar por el esfuerzo propio. Proporcionar instrucción o trabajo, no es dar limosna sino contribuir como miembro de la sociedad a que ésta cumpla con un deber para con todos. Un deber tan efectivo como el de la higiene y el de la seguridad pública.

El que funda una escuela o una biblioteca, o dota una academia o un museo, realiza un esfuerzo más provechoso que quien funda un hospital, porque éste se propone socorrer a los enfermos, mientras el otro suministra a sus semejantes los medios de no enfermarse, o si tal desgracia ocurre, los de poder curarse en sus casas. Para el uno la miseria es una fatalidad, mientras para el otro es un mal remediable. Es éste quien se halla más cerca del objeto de la escuela, que afirma el derecho a la instrucción y el deber social de darla a todos los hombres; con lo cual no es una institución de caridad, sino un bien común que todos podemos disfrutar, cualquiera que sea nuestro estado de salud o de fortuna.

Allá, donde la lucha por la vida es tan áspera y donde la inmigración creciente tiende a constituir la adquisición de la fortuna en el exclusivo afán de la vida, el egoísmo resulta una calamidad endémica que la escuela debe combatir con la mayor energía, porque en ello va el porvenir de la patria. La solidaridad que la constituye es muy débil entre nosotros.

---

\* En la Rep. Argentina, en esta América.

La idea de la miseria nos molesta; y en vez de dedicarnos a curar dicha enfermedad, preferimos negarla, aturdiéndonos con la jactancia de riquezas que sería mejor emplear en la supresión del daño mencionado. Porque la nación más feliz no es aquella donde existen más ricos, sino aquella donde hay menos pobres. Y la felicidad constituye la verdadera riqueza. Si queremos la riqueza, no es para ser ricos, sino para ser felices. Somos, al mismo tiempo, generosos para todo gasto que satisface nuestros placeres, y sobre todo nuestra vanidad; pero mezquinos cuando se trata del beneficio común. Esto queremos que lo haga el estado, aunque es quien lo hace peor porque la práctica de la solidaridad no es un procedimiento administrativo, sino la más noble de las virtudes sociales. Si no lo hacemos, es por deficiencia de cultura. He ahí, entonces, un asunto escolar.

La generosidad de los donantes de la academia ha sido inagotable. Más de ochenta nombres ha contado el secretario perpetuo en su ejemplar discurso. Ochenta nombres cuyos donativos suman varios millones, casi todos de renta perpetua para premios de estímulo a la ciencia. Y entre esos donativos, hay de todo: desde el premio de cincuenta mil francos, hasta la modesta suma de ciento veinte anuales para una medalla. Cada cual da lo que puede, y esto constituye el mejor sufragio a la obra de la ciencia. Es que no dan por vani-

dad, para deslumbrar con lo mucho que dan, sino para que la ciencia adelante. La prueba es que muchos de esos nombres han permanecido en los archivos de la academia durante cincuenta y setenta años, hasta que en su último discurso el secretario perpetuo tuvo la excelente idea de conmemorarlos en masa.

Además, ellos no pertenecen tan sólo a los sabios o a los interesados en la ciencia, sino a comerciantes, a agricultores, a señoras de la sociedad, a sindicatos de fabricantes; y a lo que es más conmovedor, a personas iletradas, a emigrantes casi analfabetos.

La viuda Isbecque lega en 1893 diez mil francos, "deplorando su falta de instrucción", para la institución de un premio destinado a recompensar un niño pobre de doce a dieciseis años, estudioso, respetuoso con sus maestros y de excelente conducta. Trátase de una campesina que no sabía leer...

Oigamos ahora esta anécdota referida por el secretario perpetuo:

"Hace 30 o 40 años, un joven paisano de Normandía, llamado Tranquilo Lontreuil, partía para Moscou, contratado como obreiro de una fábrica rusa. Esta fracasó y Lontreuil fué despedido, encontrándose de repente en un país cuya lengua chapurreaba apenas; sin más recursos que su juventud, su energía y su voluntad de vivir. Había visto cultivar la remolacha en su tierra; y hé aquí todo lo que sabía. Entonces se le ocurrió proponer a

un granjero ruso que le enseñaría a producir aquella planta sacarina y forrajera. Le fué tan bien con ello, que pocos años después fundaba sucesivamente ingenios de azúcar en los alrededores de Moscou y fábricas de soda en otros puntos. Enriquecido poco a poco, llegó a poseer minas riquísimas, y Europa le contó entre sus grandes productores industriales."

"Había hecho el bien durante su vida, y quiso continuar haciéndolo después de su muerte. Tranquilo Lontreuil ha legado por testamento a la academia, *tres millones quinientos mil francos*, "cuya renta se destinará a fomentar en los establecimientos de alta cultura de París, y de las provincias, con excepción de las universidades, el progreso de todas las ciencias". La distribución queda a cargo de un comité consultivo instituido por el donante, y de un consejo superior encabezado por el Presidente de la academia.

Pueden sernos del mayor provecho los ejemplos análogos que nos dan estas sociedades de antigua cultura; pues, imitándolos, es como llegaremos a hacer de la patria una robusta entidad espiritual.

He aquí la sugestión de muchos temas para lecciones patrióticas. Eso se llama querer bien a la patria y ser verdaderamente generoso.

LEOPOLDO LUGONES

(*El Monitor de Educación Común*. Buenos Aires.)

## Añojal

**A**l despertar, Mardonio experimentó gran disgusto. El cuarto estaba oscuro; ni un rayo de luz colábase por las múltiples rendijas que orfeaban el techo, las paredes, la puerta y la ventana de la rústica estancia, pero debía ser tarde, sin embargo. Probablemente el sol había emprendido marcha en medio de un cielo toldado aún, después de la furiosa lluvia nocturna: el sol es un mayoral experto y rígido, que no posterga la hora de salida cualesquiera sean las amenazas del tiempo.

Mardonio tenía conciencia de haber dormido mucho y avergonzábale de ello. En el transcurso de los quince años que llevaba desempeñando la mayordomía de la Estancia, jamás nadie se había levantado antes que él y cuando aparecían en el galpón los más madrugadores, siempre encontraban encendido el fuego, caliente el agua y ya enflaquécida la primera cebadura del cimarrón.

Se había dormido; era una vergüenza que lesionaba su prestigio de hombre capaz de los más grandes sacrificios con tal de que no pudie-

ran tarjarle una sola falta en el cumplimiento de sus deberes.

Levantóse, se vistió someramente y abrió la pequeña ventana. Contra su presunción, el cielo estaba sin nubes y en la lejanía del horizonte una fina ceja roja anunciaba el nacimiento del día.

Salió. El galpón estaba desierto, frías las cenizas, apagado el trashoguero de espinillo. Silencio completo en las casas. Todos, hasta los perros, dormían aún.

Recién entonces Mardonio respiró gusto; y en tanto encendía el fuego y preparaba el mate, con la metódica prolijidad que empleaba en todos sus actos, iba recapitulando los extraordinarios acontecimientos de la víspera.

¿Eran realidades, o simple ensoñación engendrada por la atmósfera de tormenta y el prolongado verberar del agua y del viento durante aquellos ocho días de furioso temporal?...

No acertaba a decidirlo, y tanto más pujaba, tanto más enredábansele los tientos del raciocinio. En la duda, irritóse consigo mismo.

—¡Duele errar un tiro 'e bolas, pero más duele correr por los cuestabajos, con peligro de romperse el alma, pa enlazar una fantasma!...

El sol había desabrochado los últimos velos negros de la noche y ascendía majestuosamente entre el cobalto de un espléndido cielo otoñal.

Persistía el silencio. Todo dormía aún, cuando

Mardonio, después de haber cansado una cebadura de yerba y agotado el agua de la pava, fué hasta la puerta del galpón y tendió la vista al campo.

Sorprendióse como quien ve inesperadamente una persona que suponía muerta desde muchos años atrás. Aquel día naciente no era uno de esos tantos que pasan como pasa un viajero desconocido por el camino. No; él había visto antes, en tiempo lejano, sin duda, ese mismo día otoñal, blanco, luminoso y sereno.

¿Cuándo? ¿En qué oportunidad?

Una recapitación inconsciente se fué operando en su espíritu produciéndose en él algo así como el despertar después de largo sueño cataléptico.

—¡Aura mi recuerdo!—exclamó.—Han galopiao más de veinte años, y esta madrugada se me presenta acollarada con la otra, igualitas como potrancos mellizos!...

Más de dos décadas, sí. El frisaba entonces en los veinticinco, y era un gallardo mancebo, que si no poseía una elocuencia profusa no le faltaban palabras y frases precisas para expresar las ternuras de su alma.

Amó una vez sola, pero amó intensamente. Sin violencias, por natural conformidad con su espíritu, siguió siempre al pie de la letra uno de los predilectos aforismos de su padre:

—“Una sola mujer, un solo caballo, una sola pistola.”

Y su corolario:

—“No es rico quien tiene mucho sino quien sabe cuidar lo que tiene.”

En el clarear de un día de otoño, luminoso y plácido como aquel que ahora presenciara, Mardonio salía del interior de un ranchito, donde había exhalado el último suspiro su novia adorada...

Dentro de su corazón, sin exteriorizaciones de ningún género, consagró un culto a la muerte, convencido de que ninguna otra podría reemplazarla en su afecto.

Y la vida siguió su curso, con sus exigencias ineludibles. La muerte había cerrado con llave el huerto una sola vez cultivado y el mozo no tuvo nunca tentaciones de entrar en él.

De esa laya transcurrieron veinte años, monótonos, griseos, insípidos, todos iguales.

Más he ahí que al cabo de ellos Mardonio se vio bruscamente abocado a un nuevo conflicto sentimental. Había fiesta en la estancia. Baile en la noche. Entre las muchachas hallábase Consolación, huérfana de un puestero y que el patrón había recogido. Como era muy pobre y poco agraciada, nadie sacábala a bailar, y entonces Mardonio, compasivo, la invitó...

¿Agradecimiento?...¿ ¿Afecto sincero?...

No entremos en análisis demasiado complicados. El caso es que Mardonio vio brotar una ra-

ma verde y vigorosa del tronco tronchado, y el que creía seco, de su sensibilidad amorosa...

Se amaron. Debían casarse en breve. Mardonio, sobre todo, tenía prisa: a los cuarenta y cinco años la estación terminal del amor está muy próxima.

El sol seguía ascendiendo lenta y magestuosamente por el ancho camino azul del firmamento y todo el mundo dormía aún en la estancia.

El capataz empezaba a impacientarse en su soledad, renegando del madrugón, cuando se le presentó Consolación, quien fingiendo sorpresa dijo:

—¡ Ah!... Está usted... yo iba... iba...

—¿ A dónde, amiguita?—contestó él con afecto.

— Es decir... yo no iba,... venía...—balbuceó.

Y luego, resueltamente:

—Mire; yo vine pa explicarme con usted... Usted es un hombre muy bueno y yo no quiero engañarlo...

El empalideció un poco y respondió, grave y sereno:

—Hable...

—Oiga... Yo creía quererlo, pero después he visto que no era posible... que usted es muy bueno, sí, pero que... ¡ yo no sé cómo decirlo!... Vea y es l'único que se me ocurre: que usted me quiere pero que se ha olvidao de querer...

---

¡ La terrible frase !... No basta amar, es necesario saber transmitir el amor a la persona querida. Y él no podía hacerlo. En las tierras vírgenes, un enérgico coturage asegura el brote de la semilla; pero en los añojales la maleza la obstruye y la mata !...

JAVIER DE VIANA

*(Mundo Argentino. Buenos Aires.)*

## El genio político de Bolívar

*GRANDE en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expresión de la grandeza”.*

.....

*“Cuándo diez siglos hayan pasado; cuando la patina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anahuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cria sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados y de las ciudades, veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños si los alcanzáramos a prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no po-*

*demos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar."*

## I

Con tales palabras comienza y termina la completa y bella semblanza que del Libertador de América trazara la pluma de oro del más honrado y pulcro de los escritores río-platenses: José Enrique Rodó. Sirvan ellas de pórtico soberbio que avalore la mezquindad de mi esfuerzo; y signifiquen, puestas al frente de este estudio, rendido homenaje de admiración a quien personificara en Bolívar, con maestría y talento incomparables, el genio y la pujanza de nuestra raza, de la raza iberoamericana.

\*

Nació, como sabéis, Simón de Bolívar y Palacios cuando promediaba el año 1783, en Caracas, metrópoli de la Capitanía General de Venezuela y capital intelectual de la América latina.

Su educación fué confiada a maestros que no hubieran necesitado de tan egregio disci-

pulo para pasar a la Historia como los exponentes más altos de la cultura de su época: don Simón Rodríguez y don Andrés Bello.

Con tales institutores no es extraño que llegara a ser conocedor profundo de los clásicos griegos y latinos; admirador fervoroso del buen decir, escritor eminente, elocuentísimo orador, estudioso constante de la Historia y de las ciencias auxiliares de ella o sus afines....

Su primer sueño fué, al decir de un biógrafo, sueño de magnificencia, de amor y de deleite.

Mas, los viajes que emprendiera a través del viejo Continente, primero en compañía de don Simón Rodríguez, en la de don Andrés Bello después, dejaron en su espíritu la simiente fecunda de ambiciones de libertad y de gloria que, torciendo el rumbo a sus primeras inclinaciones, debían encauzar su actividad, en desate incoercible, hacia los derroteros de la revolución y de la guerra.

Visitó a Europa en los días de los triunfos napoleónicos, cuando las garras del águila imperial despedazaban el mundo antiguo y la sola ley era la ley de las batallas, la ley del vencedor ebrio de poder...El ruido atronador de los cañones, los regueros de sangre derramada y los fúlgidos destellos de la gloria, impresionando su alma adolescente, debieron hacerle pensar en los destinos de esa Europa carcomida de vejez monárquica, y en los destinos de América, joven, rica, vigorosa y, no obs-

tante, esclavizada todavía bajo el yugo ominoso de una potencia de tercer orden.

Resultado de sus meditaciones debió ser aquel arrebató generoso que le arrancara, en la cima del Aventino, el juramento de consagrar su vida y su fortuna a la libertad de su patria encadenando sus destinos a los de la América nuestra... Ni fueron obstáculo a la consecución de tan encumbrado ideal los lazos que le ataban a la vida muelle y confortable: el nombre, la fortuna y esas dulces afecciones tan caras a los corazones de veinte años. Prueba es, por el contrario, de la espontaneidad de su arrebató, de su fe en los destinos de la patria lejana, el gesto de desdén con que olvidó, al entregarse en brazos de la Revolución, el lustre de la cuna mecida en el viejo solar de sus mayores, aquellos Bolívares de Vizcaya, aventureros y crueles, magnánimos y bravos... y el amor de aquella baronesa de Tobriaud, tan bella como hábil, tan hábil como buena.

## II

Fué así como apenas iniciada la Revolución pone su persona y su fortuna al servicio de la causa de su patria, partiendo en 1810 a Londres en compañía del erudito López Méndez, como delegados de la naciente República ante el gobierno de San Jaime. Llevaba como auxiliar a su sapientísimo maestro don Andrés Bello, a quien tanto debemos aquí en Chile,

y cuyo recuerdo lleno de gratitud se conserva perennemente vivo bajo los viejos artesonados de esta Universidad (1).

Ninguno de los países que luchaban por su emancipación acreditó enviados ante las cortes de Europa, o ante la cancillería de Washington, con antelación a la fecha en que arribaron al Reino Unido Bolívar, López Méndez y Bello. Fueron ellos, pues, los primeros diplomáticos de la América nuestra.

La misión que se les confió merece un especial recuerdo por su oportunidad y resultados. La Santa Alianza luchaba con toda suerte de armas por el predominio del sistema monárquico, y principalmente por la conservación de los tronos vacilantes, azotados en Europa por los vendavales de la Revolución Francesa y por las invasiones y guerras que la siguieron al advenimiento de Napoleón. No era fácil empresa, pues, para los países que en este hemisferio luchaban por su emancipación, obtener el apoyo, sólo fuera moral, de alguna potencia capaz de pesar en las resoluciones de España y sus aliados.

Los Estados Unidos del Norte, nuestro hermano mayor, fueron entonces, como ahora, asaz calculadores e iniciaron su política inspirados en los mismos sentimientos egoístas que la caracterizan hoy. Entonces, como ahora, aquella nación no tuvo un solo impulso

(1) Don Andrés Bello fué el primer Rector de la Universidad de Chile.

generoso, y sin el aliciente de la retribución segura y usuraria, nada hizo por la libertad de los países que se extienden hacia el Mediodía.

En tal situación la Junta de Caracas suscribía la carta patente que acreditaba a los primeros delegados de la América ante un gobierno extraño. Esa carta de gabinete demuestra que en Caracas se hizo la Revolución con el propósito de obtener de España el reconocimiento de las colonias como parte integrante de la monarquía, dejando de ser así simples dependencias de ella. No fué, pues, el primer movimiento de Caracas, como no lo fué el de los demás sectores hispanoamericanos, un movimiento absolutamente emancipador. Fué, o aparentó ser, la simple protesta de adhesión al prisionero de Bayona, y de desconocimiento de la autoridad del Consejo de Regencia de Cádiz para gobernar sobre los dominios españoles de ultramar. Por lo menos el anhelo de independencia supo disimularlo Caracas, en el primer momento, tan bien como las demás capitales de América.

Consta de los memorándums que consignan las incidencias de la negociación, que por más esfuerzos que hizo el ministro de Estado inglés, marqués de Wesseley, en el sentido de obtener de los delegados que reconocieran la Regencia de Cádiz y sometieran a la autoridad de ella la provincia de Venezuela, éstos se mantuvieron en una cortés, pero terminan-

te negativa. Y que en vista del tesón inquebrantable con que los delegados sostuvieron el derecho de América a elegir y proclamar sus Juntas, el Canciller británico, en vez de declarar fracasada la negociación, como hubiera sido de esperar, hubo de aceptar que el Gobierno inglés sirviera de mediador entre su aliada España y la provincia ultramarina con cuyos representantes negociaba.

La mediación de Inglaterra, la orden a los gobernadores de las posesiones británicas de las Antillas y a los jefes de la escuadra de barlovento para atender a las peticiones de Venezuela, y un barco de guerra que condujera a sus delegados de regreso a la patria: tales fueron los resultados obtenidos por aquella misión. Lo que las instrucciones pedían, y algo más...

¡Es admirable cómo barajan aquellos modestos comisionados, ante la mirada rencorosa del Marqués, la figura de Bonaparte *con su séquito de soldados que se coronan reyes* ¡Es admirable la penetración de Bolívar cuando halaga el espíritu comercial de Inglaterra, representando al Canciller los inagotables tesoros naturales que guarda el suelo de América y las ventajosisimas condiciones en que en ella encontrarían colocación los productos de las manufacturas inglesas!

En esta primera negociación de relativa importancia, pero de positivos resultados, se dejan ver ya la perspicacia y la agudeza de que

más tarde el Libertador haría gala al resolver los más complicados asuntos diplomáticos.

### III

El pliego que contiene las instrucciones no habla de independencia; ni habría sido ello sensato tratándose de negociar con un país que, ante todo, era aliado de España; ni Bolívar llegó, a pesar de la vehemencia de su carácter y del vivo anhelo de libertár a su patria, a mover la conversación en tal sentido. El memorándum mismo que contiene la relación circunstanciada de las ocurrencias durante las entrevistas, es testimonio de este aserto. Sin embargo, uno de nuestros más caros historiadores, discípulo aventajado del sabio Bello y su biógrafo, don Miguel Luis Amunátegui, en su anhelo de encumbrar a don Andrés más allá del horizonte visible en nuestra historia, dice que el alma de aquella misión fué Bello, que Bello iba como delegado y en pie de igualdad con López Méndez y Bolívar, y que este último procedió en la primera entrevista con el Canciller británico como un atolondrado, entregando el pliego de instrucciones que no había leído, en vez de la carta de gabinete que acreditaba la misión y, por fin, que Bolívar se precipitó a hablar de independencia sin estar autorizado a ello.

Soy de los que creen que la vida de los grandes hombres, como la historia pueblos, de los

debe escribirse ajustándose en absoluto a la verdad, aunque ella sea contraria al pueblo o al individuo de nuestras simpatías... Soy de los que creen que no es posible hallar naciones ni hombres exentos de errores, extravíos o defectos... Y que por lo que toca a personalidades de la talla de Bello o de Bolívar, no hace falta ocultar éstos para magnificar su gloria. Muy al contrario: errores, extravíos y defectos nos demuestran que fueron genuinamente humanos y que a pesar de las flaquezas inherentes a tal condición, supieron levantarse con seguro y alto vuelo muy por encima de la mediocridad ambiente.

Ni don Andrés Bello formó parte de la misión como delegado, sino como simple auxiliar; ni Bolívar fué el atolondrado que nos dice don Miguel Luis; y ni don Andrés Bello necesita, en nuestra historia y en la del continente, haber sido delegado y no auxiliar de aquella misión, para que le considere la América hispana como la más encumbrada intelectualidad de su época; ni Bolívar amenguaría su talla de diplomático con aparecer precipitado y vehemente, por un noble anhelo patriótico, en el primer episodio de su larga y gloriosa vida pública.

Recientes investigaciones hechas con paciencia y celo en los propios archivos de las cancellerías europeas por el célebre historiógrafo y americanista don Carlos A. Villanueva, han venido a demostrar que Bolívar entregó al

Canciller británico lo que debía entregar: la carta de gabinete que acreditaba la misión. Y esa misma carta de gabinete, ya publicada por el marqués de Rojas, señala el verdadero carácter con que don Andrés formaba parte de la misión: simple auxiliar.

Mas, si por su personal prestigio y el lustre de su cuna fué Bolívar el negociador visible, supo incuestionablemente inspirarse en los consejos de sus camaradas, el erudito López Méndez y el sapientísimo Bello. Es, pues, común a todos tres la gloria del éxito alcanzado en Londres.

Pero el triunfo diplomático y político que Bolívar alcanza en Guayaquil, no tiene copartícipes. Aquí se mide con el Protector del Perú en las históricas conferencias de 1822, hasta ganar la partida sin batallas, sin alarmas, sin protocolos, sin secretarios; sólo él—y lo que es más, ignorante de las cuestiones que le planteará el jefe del Estado vecino que viene desde Lima expreso a entrevistarlo.

Recordemos en breve espacio aquella justa de titanes...

San Martín llevaba el propósito de ganarse a Bolívar a sus ideas de gobierno; pero el caraqueño era tan sincero y convencido en sus ideales democráticos, como lo era en sus ideas monárquicas el ilustre general argentino.

Llevaba éste el propósito de obtener que Guayaquil fuera anexado al Perú; pero para

conseguir su objeto no se trazó una línea de conducta que lo guiase lógicamente al fin propuesto...

Bolívar, por el contrario, avanzaba desde el norte obedeciendo a un plan político bien concebido y mejor ejecutado: quería hacer de Colombia, su hija predilecta, una gran República, fuerte por su extensión territorial, por una sólida organización; y a cuyo porvenir e influencia en Sur América debía favorecer su situación interoceánica. A la consecución de este plan y a su afianzamiento hizo converger con raro tino hasta los menores actos de su vida pública; y supo aprovecharse, con talento político admirable, de todos los acontecimientos de la época.

Si la América no tuvo gobiernos monárquicos, a Bolívar y sólo a Bolívar se le debe. Por voluntad expresa de Bolívar será siempre ésta la tierra de la democracia y la libertad, infecunda para la simiente de los reyes.

Guayaquil quedó incorporado a Colombia... El triunfo del Libertador fué completo.

Completos y muy suyos fueron también los de 1823 y 1824, en el arreglo de las contiendas intestinas del Perú.

Completos y muy suyos los de 1828 y 1829 con Inglaterra y Francia.

Completos y muy suyos los alcanzados en 1825 con el Brasil y la República Argentina; y el del Congreso de Panamá en 1826.

## IV

De la multiplicidad de poderosas facultades en cuyo ejercicio continuado y fecundo nos lo muestra la Historia, ninguna fué tan descolante y genuina en el Libertador como su talento político. Bolívar es, ante todo y sobre todo, un estadista, el primer estadista de nuestra América.

Sus discursos y mensajes a convenciones y congresos, sus eminentes concepciones políticas vaciadas en cartas, proclamas, proyectos y decretos, y hasta las providencias que dictara cada día para el gobierno de los pueblos, todo cuanto con la ciencia del Estado y de la economía social dice relación, está marcado con el sello de una personalísima manera de prever los acontecimientos o de adelantarse a ellos. Siempre soluciona con tino y energía hasta dificultades imposibles de prevenir en el manejo de masas heterogéneas, no tanto étnicamente consideradas, sino, lo que es más grave, en cuanto a elementales pensares y sentires. Porque si en más o menos igual proporción y forma se mezclaron las sangres europea e indígena en toda la extensión del Continente, la resultante sufrió, influida por el medio y por el clima, modificaciones sustanciales que llegaron a constituir andando el tiempo, psico y fisiológicamente, grupos diversos.

Fundándose en la observación de tales diferencias en los varios pueblos de América, y

adelantándose a la plasmación definitiva de las razas, previó y predijo, con clarividencia de iluminado, el porvenir de cada una de las nacionalidades en embrión.

Oigámosle:

*"Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mejicanos, imagino que intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el Poder Ejecutivo, concentrándolo en un individuo que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, este mismo Poder Ejecutivo quizá se difundirá en una asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá, probablemente, una monarquía que, al principio, será limitada y constitucional, y después, inevitablemente, declinará en absoluta..."*

Es inútil todo comentario. Baste recordar los días efímeros de los imperios de Iturbide y Maximiliano. Baste recordar los veinticinco años de gobierno monocrático bajo Porfirio Díaz.

Habla en seguida de su patria: aquella Gran Colombia que él concibió con la mente y fun-

dó con la espada, soldando en haz estrecho la Capitanía General de Venezuela, el Virreinato de Nueva Granada y la Presidencia de Quito. Es sabido con cuánto empeño, al través de reveses y victorias, persiguió el ideal de establecer tan inmensa república; persiguió tal ideal desde 1812, cuando produce su famoso manifiesto de Cartagena, donde solicita tropas granadinas para libertar a Venezuela; desde 1815, cuando, vencido y desterrado, se asilaba en Haití a la sombra protectora del negro Petion—orgullo de su patria y de su raza—, hasta que, en posesión de la Guayana y vencedor en Boyacá, ya coronado con el título singular de Libertador, la llevara a la realidad en el primer Congreso de Angostura, saludándola allí con palabras que demuestran su entusiasmo por ella. En su mensaje a aquel Congreso puede observarse que para el genio de Bolívar no son incompatibles las glorias del soldado con la serena ecuanimidad del estadista.

La Gran Colombia era ya una hermosa realidad. Y las glorias de Bomboná y Pichincha, cimentando la independencia de la Nueva Granada, conquistaron para la libertad los territorios de la Presidencia de Quito.

Así extendió Colombia su soberanía desde los llanos del Apure, el mar Caribe y el Istmo de Panamá, hasta las márgenes del Guayas y las puertas mismas del Imperio de los Incas. Pronto golpeará Bolívar con la punta de su

espada vencedora a las puertas de ese Imperio anunciando el advenimiento esplendoroso de la América libre, cuya independencia consolidará poco después en las llanuras desoladas de Junín y en las yermas laderas de Ayacucho.

Para cimentar sobre sólidas bases la existencia de tan grande y rico Estado como la antigua Colombia, sueña Bolívar con una constitución *fuerte por su estructura y liberal por sus principios*. Y después de exponer sus ideas sobre este punto, revélase, al hacerlo, consciente de todos los regímenes constitucionales, desde las democracias antiguas hasta los sistemas representativo y parlamentario modernos.

## V

Volviendo a la epístola de 1815, oigamos a Bolívar predecir el destino de nuestro Chile:

*“El reino de Chile, dice, está llamado, por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y el Asia llegarán tarde o*

*nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del Universo. Su territorio es limitado; y estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad, en opiniones políticas y religiosas. En una palabra, Chile puede ser libre."*

Semejante profecía la América y el mundo pueden decir si se ha cumplido o no.

De Panamá dice:

*"Esta magnífica posición entre los dos mares, podrá ser, con el tiempo, el emporio del Universo. Sus canales acortaran las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la Tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio."*

Tuvo, pues, la intuición de que al través del Istmo deberían unirse los mares y acercarse los Continentes. Y no sólo tuvo la intuición, sino que un día, en 1822, arrimó el hombro a la empresa de practicar la comunicación interoceánica por el río Atrato y aun realizó los primeros trabajos. Pero su gran trabajo era la emancipación del Continente; y los pue-

blos clamaban por Bolívar al sur del Ecuador. Hubo, pues, que desistir de continuar la emprendida comunicación de los océanos. Su sueño del canal está hoy cumplido. Pero ¡ay! a costa de cuánta vergüenza, de qué grandes infamias! El lodo que se extrajo de las excavaciones del Istmo, empuerca la historia de la secesión de Panamá, del desmembramiento doloso de Colombia y del dominio de los Estados Unidos.

\*

Habla en seguida el Libertador en su célebrima Carta de 1815, del anhelo internacional más grande de su vida: la confederación perenne de los pueblos de Hispano-América en una nueva anfitionía.

Nunca cejará en este propósito. En la cúspide del poder y de la gloria, volverá sobre el mismo tema, acreditando a mediados de 1821 a don Miguel Santamaría como Ministro en Méjico, con el solo encargo de obtener que aquel país entre a formar parte de la confederación. Y dos años más tarde, en agosto del 23, no habiendo conseguido Santamaría la aprobación del tratado respectivo, envía al argentino Monteagudo, a quien dice en las instrucciones:

*"Sólo nos resta consolidar la obra que ha edificado el valor, para consolar a la humanidad y unir por un lazo solemne, que dure tanto como el tiempo, a todos los nuevos*

*Estados que habiendo partido de unos mismos principios y seguido una misma carrera de vicisitudes y peligros, están llamados a formar un nuevo sistema en el mundo político, bajo los auspicios de una solemne Confederación que revista de todo el poder y de toda la fuerza que exige la conservación de nuestras libertades recíprocas."*

Y su secretario, don Gabriel Pérez, insiste sobre el mismo punto, diciendo en septiembre del 23 al Ministro de Colombia en Chile:

*"Esfuércese en persuadir a todos que el Libertador nada tiene tan cerca de su corazón como la más íntima y unánime concordancia de todos los Gobiernos y pueblos americanos."*

En octubre anterior, recomendando, una vez más, al Ministro en Méjico la negociación del Tratado, dice Bolívar:

*"Esta Liga nos dará un grado de poder que hará más liberales a los españoles, y dará a los gabinetes europeos una mejor idea del acuerdo de estos Gobiernos y de la estabilidad que van tomando cada día."*

En noviembre del mismo año, penetrando a la distancia el inmenso valer de un argentino ilustre, el deán Funes, le nombra representante de Colombia en Buenos Aires, con el exclu-

sivo encargo de obtener la ratificación del tratado de confederación americana.

En la misma oportunidad acredita en Santiago, con igual objeto, a un chileno cuya gloria, no bien reconocida aún, guarda con religioso respeto la Asociación de Educación Nacional: don Manuel de Salas, el egregio filántropo y educacionista de los primeros días de la Patria Nueva.

Con su ejemplo de imperecedera virtud, Salas nos ha legado el testimonio honrado de su admiración hacia el Libertador. De Bolívar escribió en 1825, y refiriéndose a las suspicacias que aquí alentaron los miopes del patriotismo al saberse que el Libertador tenía el propósito de enviar fuerzas auxiliares para concluir con la expedición de Quintanilla que dominaba a Chiloé:

*“Me consuela la persuasión de que cesarán las delicadezas y consideraciones que han suspendido las resoluciones del Hombre destinado a uniformar la suerte del Continente y sustituir la generosidad, amor y unión, a la mezquindad, suspicacia y egoísmo en que nos nutrieron, y que sacarán su cabeza luego que pasen los momentos de asombro y de terror.*

*“Dios quiera que sus efectos no cansen la constancia del que ha podido sobrepujar dificultades invencibles. El es ya GRANDE, por*

*habernos dado la libertad; pero le falta el epíteto de MÁXIMO por establecedor del orden, como Fabio."*

En el ideal de establecer una liga Anfictiónica entre los pueblos latinoamericanos, persistió Bolívar hasta los últimos años de su vida. Y hasta cuando la desesperanza en los destinos de la América le asalta, aún escribe:

*"¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones del resto del mundo!"*

\*

El discurso que pronunció ante el Congreso de Angostura en 1819, es, al decir de distinguidos tratadistas, una original y provechosa lección de derecho público. En él, al referirse a la constitución colombiana, hace la profesión de su fe política en ideales que habla de inmortalizar más tarde en la carta fundamental de la República que lleva su nombre; de aquella nueva República que él mismo creará con la punta de su espada victoriosa sobre la meseta central del Continente.

Su gloria de guerrero se halla ligada así a las más sabias disposiciones constitucionales

que influyen en los destinos de cinco repúblicas; y su nombre ha pasado a la historia con fulguraciones geniales de legislador y de estadista.

## VI

Hace cien años, en estos mismos días, Bolívar, para alcanzar la emancipación, dictó en Trujillo, ciudad de los Andes del Norte, la proclama de Guerra a Muerte. En ella no suena el nombre de Colombia, ni de Venezuela: en ella resuena, con rugidos de amor y de celos, el nombre de nuestra América...

Hace noventa, Bolívar, para afianzar la Independencia y consolidar el porvenir de estos pueblos, les daba cita en el Istmo de Panamá, hoy factoría de otra raza.

Aprovechando las lecciones de la experiencia y conforme al ideal del Libertador, procuremos en todo momento el acercamiento franco y sincero entre los pueblos latinoamericanos. Sólo de esa unión estrecha, de ese feliz conjunto, depende el que seamos, en el futuro, fuertes, respetados, temidos.

ERNESTO DE LA CRUZ.

---

El señor de la Cruz es un joven escritor chileno que ha conquistado ya renombre con sus concienzudos estudios históricos, especialmente con el titulado *La entrevista de Guayaquil* (a<sup>o</sup> edición: Santiago de Chile, 1914, 8<sup>o</sup> 68 p.), que provocó extensos comentarios en la prensa de Buenos Aires y en la de Santiago de Chile, así como una animada discusión en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, por los nuevos e importantes datos que aportó el señor de la Cruz al examen de la célebre entrevista entre Bolívar y San Martín. Nos honra con este valioso estudio acerca del genio político del gran Libertador, y le quedamos altamente agradecidos.

(De *Cuba Contemporánea*. Habana.)

RAFAEL CARDONA

# EL GOFRE MAGICO

POEMA HOMERICO

*A Guillermo Valencia*



1916



## *El Cofre Mágico*

*Cuando Zeus se enteró de que en la Tierra había surgido una nueva raza de seres, a quienes llamó "efímeros", se encerró en torvo silencio, del que no bastaran a sacarle los dioses todos "de los pies ligeros".*



# El Gofre Mágico

## I

El Tempestuoso Zeus, que amontona  
la hinchada nube, en el nevado Olimpo  
de innumerables picos, se aburría.  
Los dioses querellaban en voz baja  
por temor de su rayo poderoso.  
Y en áureo trono, el aromado rizo  
entre las manos donde duerme el rayo  
y las azules cejas enarcadas,  
el regio día en acritud sumfase  
contemplando su águila que ociosa  
soñaba ocio inmortal.

La diosa Hera  
de los ojos de buey, furtivo el paso,  
tras de las colgaduras de su lecho  
le miraba en quietud; y como viese  
que el mal se prolongaba indefinido,  
se decidió a reunir la augusta fratria  
y convocó a los dioses armoniosos  
del claro Olimpo; y principal cabeza

de la asamblea luminosa, dijo:

—“Musicales Columnas del Urano  
que sustentáis de Zeus el Imperio  
y orden sois del Azul: al alto Padre  
postra algún grave mal de amor o guerra,  
pues que no cesa, con el rayo indócil,  
de fulminar la entraña de la sombra;  
sucumbido Menecio bajo la ira  
de blanca luz, en el Erebo yace  
encadenado y trémulo; Atlas fuerte,  
como cumbre oscilante se doblega  
bajo el enorme peso del Zodíaco;  
y no obstante, su vasto entendimiento  
del “efímero” espanto, hundido sigue  
en postración oscura y desolada;  
así, pues, quiero. ¡ oh dioses musicales !  
que de ingenioso modo, el torvo ceño  
del Cronión paternal con sabia testa  
deshagáis para siempre: al que tal logro  
le reservo un presente deseado  
quizá del mismo fiero Padre Zeus !”—

Dijo, y ante los dioses escultóricos,  
pidió a Hefesto áureo néctar perfumado,  
que en cinceladas copas como senos,  
sirvió aquel, cojeando, ante el silencio  
de pensativa mutación olímpica .....

Saliéronse los dioses sin ruido,

que tal temor hasta ellos abrigaran  
de bajar hacia el Tártaro espantoso,  
el de las puertas de invencible bronce.

La diosa Atena de los ojos claros,  
con el dios Ares impetuoso y duro  
urdióse un plan: al subterráneo imperio  
de la silla de Gea poderosa,  
a levantar la guerra lamentable  
los dos irían con violento paso  
para aliviar los odios del Cronida.

Hefesto, preocupado y ambicioso,  
al Etna descendió y a sus Cabiros  
de fuertes miembros, ordenó un escudo,  
que con sapiente, habilidoso nervio,  
su ingenio dibujó de sabio trazo.

El rubio Apolo de heptacorde lira,  
los irascibles potros de su yunta  
soñó lanzar en gesta luminosa,  
y el inmortal nacido dar a Zeus,  
el poderoso dios que se aburría.....

Poseidón y el moquetado Eolo  
una espumosa tempestad fraguaron;  
y todos, como cupo a sus mages,  
se prometieron el laurel eterno.

Venus, alzando al picaresco niño,  
un beso dióle a cambio de una flecha  
que el dios negó y con perfumada mano

contra ella tornaba; y Madre Venus,  
deshojando una rosa en su mejilla,  
golpeóle materna.

En el silencio,  
tan sólo un dios quedó, meditabundo  
como un sol en la tarde.

Entre sus manos  
desfzaba la blonda cabellera.  
Callado pensamiento y atrevido  
como una abeja en su interior zumbaba:  
de repente se irguió. De entre los dioses  
el último tal vez por su abolengo  
de titánida oscuro, luminoso  
estaba entonces por la luz del héroe.

Era el divino nieto del Urano.

## II

Por el Tártaro negro entraba el día,  
de paso distraendo el fatigado  
tormento del Titán que de Japeto  
hijo valiente fué—cuando de Cronos  
el cetro impetuoso, en intestinas  
guerras sin fruto se lanzó y motivo—  
y ya con pies veloces y protestas  
de eterna sumisión a Zeus llegaban  
los dioses todos de los pies ligeros.

Cada uno dijo temerosas frases,  
curvado el dorso en ágil curvatura,

y Apolo el parto luminoso avino:  
uncido a carro de brillante plata  
un potro de áurea crin, espuma acaso  
de la ribera musical de oro  
del azul oceano; forma alguna  
tuvo nunca tal gracia y armonía:  
polvo de estrellas levantaba el casco  
tallado y breve como leve copa.

Pero Zeus Cronión no dijo nada.

Alegre ingenuidad mostrando Hefesto  
—el de las barbas de montés cabrió—  
llegó con el escudo, asaz brillante  
cual cimera de sol; que el Peleuada  
mustia hoja a su lado acaso fuera  
que se confunde con el polvo vano.

Pero Zeus Cronión no dijo nada.

Luego Atenea la de los claros ojos  
la guerra denunció con acres voces.....

Zeus movió la oscura cabellera  
y luego se volvió sin decir nada.

Luego el viejo oceánida Neptuno,  
de barba de algas y tridente de oro,  
que llama Poseidón la gente aquea,  
el mar mostró y la resonante playa  
cual tejedora cándida de espumas,  
y los bullentes coros de tritones

y escamosas sirenas, que en la onda,  
marino lecho de sus torsos gélidos,  
muerte cantaban al bajel errante  
de blanca vela y venturosa quilla.

Pero Zeus miró sin decir nada.

La voluptuosa Venus, ruborosa  
de una rosa emoción, llegó desnuda,  
y ante el Cronida de arqueada frente  
sacudiendo la umbrosa cabellera,  
mostró el seno rotundo, terso y fino  
como el plumón de lésbica paloma.

Pero Zeus lo vió y no dijo nada.

Madre Venus lloró.

Hera, la Augusta  
de los ojos de buey, el cortinaje  
con mano temblorosa de impaciencia  
descorrió, ante los dioses doloridos,  
y mesábase el mar de los cabellos.

Faltaba un dios.

Y se volvieron todos  
con expectantes ánimos.

Hermoso  
acaso más que Apolo el de la Lira,  
con firme paso y con sereno rostro  
entró el "astuto y sabio en añagazas"  
como el Cronida llama a Prometeo.  
Bajo el venoso puño, objeto extraño

no mayor que el bracero de áureo trípode  
traía cauteloso; y blanca tela  
de fácil lino vaporoso y claro  
invisible lo hacía.

Y al Cronida  
saludando impetuoso, inmóvil dijo:

—“Durísimo Cronión! Por qué te cierras?  
Adiviné tu mal y ahora vengo,  
si es que tu rayo de invencible garra  
en mis entrañas no hincó poderoso  
su fulminante filo y mi voz corta;  
¡ conozco bien tu mal! ¡ Odias, Cronida!  
¡ Oh tú el más poderoso de los dioses,  
Pastor de astros y de nubes, temes!”—

Extremecióse Zeus. Las azules  
cejas como alas de fugaz alondra  
contrajo de estupor, y fiero dijo:

—“Qué deseas, astuto, y qué profieres?”—

Y Prometeo contestóle a Zeus:

—“¡ Que al “effímero” temes, oh dios grande  
entre los grandes del Olimpo claro!”—

Y Zeus sacudió la cabellera  
que alados genios como polen de oro  
en torno de una rosa, perfumaban  
con la sutil y olímpica ambrosía,  
y al despertar su águila y su trueno

ensordecióse el constelado Empíreo.

—“Pues te atreves así, habla: ¿qué buscas?”—

—Que no inquieras qué traigo bajo el velo.

—¿Es todo? Concedido. Serás breve.—

—Aun os pido algo más: déjame, Padre,  
entrar en él lo que quisiere ahora.

Y Zeus Tempestuoso, que amontona  
la hinchada nube,

—Concedido!—dijo.

Puso el astuto Prometeo entonces,  
del repujado pavimento de oro  
sobre la dócil lámina espejeante,  
el misterioso bulto, y descubriendo  
ante los dioses del Nevado Olimpo  
la parte superior, de extraño cofre  
vieron sus ojos la esferoide tapa  
surgir, cubierta de pelambre oscura,  
áspera y fuerte como el recio pelo  
de un formidable jabalí de Diana.

Y ante los Inmortales asombrados,  
hasta los bordes lleno aparecía  
de grisácea substancia tembladora.

Y Prometeo dijo: Dame, Padre,  
Señor del Rayo, tu águila potente,

—Cógela!— dijo Zeus.

Y del ala,

bajo que duerme el huracán violento,  
 alzó el oscuro pájaro de corvo  
 pico de lumbre y lo encerró en el cofre.  
 Hubo asombro celeste.

—¿Y ha podido  
 caber, si lleno estaba?—dijo Atena,  
 la joven diosa de los ojos claros.  
 —Dame, ¡oh Zeus! el cetro, Amo de Urania!  
 —¡Tómalo, astuto!—

Y el fulgente cetro  
 entró también dentro del cofre mágico.

Nueva sorpresa entre los Inmortales.

—Qué más pides, truhán?—  
 —Oh Zeus, quiero  
 el Etna en el Imperio de Ge Méter!

—Te solazas conmigo?  
 Se miraron  
 los dioses de las testas armoniosas,  
 con absortas pupilas.

Tembló Hefesto  
 por el destino de su ronca fragua,  
 y Hera; la diosa de los brazos blancos,  
 tras su escondrijo vióle tolerante.

—¿No me ofreciste darme, oh Padre Zeus  
 que amontonas la nube, lo que os pida?—

—¿Y lo podrás subir?—  
 —Pídelo a Atlas,  
 mi fuerte hermano base de tu imperio:

fácil le es arrancarlo cual saeta  
de la pelada piel de algún escudo.

La diosa Iris de las piernas raudas  
bajó al Tártaro oscuro y dió la orden,  
y un momento después; nervudo brazo,  
con peligro de Orión, rayó el vacío.

Y el Etna, humeante, entró en el cofre.

Pidió más Prometeo. Alba de espuma  
entró su linfa el milenario Inacho,  
padre de Io. Y entráronse los hombres  
y las tribus enteras. Las montañas  
fuéronse todas como arena estéril  
que avienta el huracán de airado soplo...

Y el cofre suspendíase del éter.

Y subió Atlas el mar, entre la cuenca  
de la fornida mano; y desprendía  
del tachonado cielo las estrellas  
como las gemas de un collar ya roto.

Y quedábase a oscuras el Urano.

Y entró Apolo, y Ge-Méter, y Artemisa  
la del arco de plata; el rudo Hefesto,  
La joven diosa de los claros ojos,  
y Venus y Hera y Poseidón... y entraron  
todos los áureos dioses del Olimpo

por la boca del cofre misterioso,  
que el tamaño tenía— acaso menos—  
del bracero de un trípode sagrado.

Y el Padre Zeus, como al torvo influjo  
de una fascinación, el dorso regio  
sobre la boca del abisino había  
inclinado y la testa coronada...

Y dijo Prometeo:

—¡ Oh Sacro Zeus,  
Señor de soles y de mundos Eje!  
Tú también cabes en su antro negro  
pero no entres en él porque no sales!—  
Y de los ojos del Titán rebelde  
un torrente de luz se desbordaba,  
cual de las rubias ánforas que aurora  
vierte al llegar en su veloz litera;  
y pasado el relámpago de orgullo,  
volvió a quedar en actitud sumisa  
que mal sellaba el labio sonriente:

—¿ Te sigue la tristeza, Amo de Urania?—

Y contestóle Zeus Tempestuoso:

—Vuelve todo a su sitio o te fulmino!—

Y los dioses salieron por la boca  
de aquel Erebo mágico y extraño  
que el brazo alzaba de titán humilde:

Los astros y los hombres y la Tierra  
y el águila y el cetro del Olímpico...

—¡ Quiero ver ! ¡ Alza el velo ! —ordenó Zeus.

Prometeo el Titán, rasgando el velo,  
levó del puño por la crin salvaje,  
ante los doce Radios del Olimpo  
la cabezota efímera de un Hombre !

*(Inédito.)*

## Tejido de aire

**E**l humano pensamiento es la mayor maravilla de cuantas nuestro mundo encierra. Para él no existen los dos límites de todo lo demás: el tiempo y el espacio; vive cuando quiere en el tiempo que pasó, y aun en el que ha de venir, y en el espacio que está lejos.

¡Cómo esculpe! ¡Cómo pinta! ¡Cómo canta aún sin colores materiales y sin lira! Y después ¡cómo sueña! —es decir ¡cómo vive,— aún dormida la materia de que parece formar parte!

Esto del ensueño fué lo que dió probablemente origen a la tesis de que seguirá existiendo después que la muerte haya helado y aun destruido nuestro cuerpo.

Se ha hecho del "pensar" una entidad independiente del organismo, a la cual esperan terribles o deliciosas aventuras después que éste se haya trocado en polvo y sombra.

Y sobre esa base se han levantado teorías religiosas y filosóficas que forman un inmenso kaleidoscopio.

Produce vértigos acordarse de todos los palacios de aire que se han levantado sobre esos cimientos de algo más intangible que la bru-

ma, del humano pensar.

Uno de los más curiosos edificios a que me refiero, que parece soñado por un poeta tropical, es obra de un pensador del Norte de Europa.

Para ese pensador, cristiano por cierto, aunque contradice el Génesis, nada menos, el universo material no existe.

Lo único que existe es el pensamiento humano.

¿Qué necesidad tenía Dios de crear el universo de la materia,— si podía crear espíritus que lo imaginaran? Dios ha hecho probablemente lo más fácil, lo más sencillo, lo más corto.

Lo que crees beber,— aun lo que crees amar,—es puramente imaginario: no hay cuerpos de nieve y rosa, o de cobre candente. No hay montañas altas ni mares encrespados.

La cabellera y el seno que ansías besar,—poeta— no tienen más consistencia que tus versos: son de la misma tela.

Hamlet dijo algo de eso. Pero este filósofo lo sabe mejor que Hamlet.

Tengo un amigo que no es muy erudito, y a quien contaba, por tanto, como cosa nueva, esto que muchos de mis lectores, a quienes simplemente se los recuerdo, saben, y se lo contaba como quien da una buena noticia.

—No!— me dijo —no me gustaría que mi novia fuera así, prefiero que sea de carne y hueso.

—Pero si lo imaginas, y es lo mismo....

—No, —me replicó,—sin despreciar lo espiri-

tual, prefiero que la materia sea verdad. Tu filósofo me hace poca gracia. Mejor es una vida que tenga las dos partes de esta que gozamos. ¡Sueños los ojos y los labios de Elvira! Quien estaba soñando era ese individuo que tú dices. ¡A ese no había de seguro una mujer que lo quisiera!....

Muchos dirán probablemente lo mismo que mi amigo.

Yo pienso que el problema,—todo el problema,—es insoluble, y que debemos desecharlo el menor intento de resolverlo en este mundo, encerrando nuestro saber en el límite de lo que es perecedero y deleznable, no como rebeldes frente a la causa incógnita del Universo, sino como soldados que para cumplir la consigna del deber no necesitan que el director de la guerra les explique la secreta intención de la batalla.

Nov. 1913.

A. ZAMBRANA

(*El Figuro*. Habana.)

## La Gioconda

**L**A *Gioconda* es, en el verdadero sentido, la obra maestra de Leonardo, el ejemplo revelador de las tendencias de su pensamiento y su labor. En poder de sugestión, sólo la *Melancolía* de Durero le es comparable, y ningún simbolismo pobre, turba el efecto de su misterio atenuado y lleno de gracia. Todos conocemos la faz y las manos de la figura, colocada en su sitio de mármol, en el círculo de rocas fantásticas, como bajo tenue luz submarina. Tal vez entre todas las pinturas antiguas, es la que el tiempo ha desvanecido menos,—aunque, según Vasari, había un encanto mayor de carmesí en los labios y mejillas, perdido ya para nosotros.

Como a menudo sucede en las obras donde la invención parece tocar sus límites, hay en ella un elemento que fué dado al pintor, no inventado por él. En el inestimable folio de dibujos que estuvo en posesión de Vasari, existían ciertos estudios de Verocchio, caras de espléndida belleza, que Leonardo en su infancia copió frecuentemente. Es difícil no unir estos dibujos del viejo maestro, como principio germinal, a la impenetrable sonrisa, de sugestión siempre vagamente siniestra, que flota sobre toda la obra de Leonardo. Además, este cuadro es un retrato. Desde la in-

fancia vemos esta imagen definiéndose en la fábrica de sus sueños; y si no fuera por los testimonios históricos expresos, podríamos imaginar que ésta no fué sino su dama ideal encarnada y visible al fin. ¿Qué relación había entre una florentina viva y esta criatura de su espíritu? ¿Por medio de qué extrañas afinidades se habían desarrollado así, lejos una de otro, la persona real y el ensueño, tan cercanos, sin embargo, en esencia? Presente en su origen, incorpóreamente, en el espíritu de Leonardo, vagamente esbozada en los dibujos de Verocchio, él la encuentra por fin en la casa del Giocondo.

Cuánto hay de mero retrato en la obra, lo prueba la leyenda que narra cómo, por medios artificiales, con la presencia de actores y flautistas, se obtuvo la singular expresión del rostro. Pero ¿fué en cuatro años, con labor constantemente renovada y nunca realmente concluida, o en cuatro meses, y casi por toque de magia, como se realizó la imagen?

La presencia que tan extrañamente surgió así junto a las aguas, expresa lo que en el curso de mil años los hombres habían llegado a desear. He aquí la cabeza sobre la cual *se han realizado los fines del mundo*; y así, los párpados están ligeramente fatigados. Es una belleza compuesta para irradiar desde adentro sobre la carne,— depósito, célula por célula, de extraños pensamientos y fantásticos sueños y pasiones exquisitas. Colocadla por un momento junto a una de las blancas dio-

sas griegas, o de las mujeres hermosas de la antigüedad, y las veréis turbarse ante esta belleza, en la cual ha encarnado el alma con todos sus males. Todos los pensamientos y la experiencia del mundo se han dibujado y modelado allí, en el poder, que conllevan, de refinar y hacer expresiva la forma exterior: el naturalismo de Grecia, la lujuria de Roma, los ensueños imaginativos, el retorno del mundo pagano, los pecados de los Borgias. Ella es más antigua que las rocas entre las cuales se sienta; como el vampiro, ha estado muerta muchas veces y conoce los secretos de la tumba; ha descendido a mares profundos, y de ellos conserva, a su alrededor, el ambiente de marchita luz; y ha traficado, por tejidos raros, con mercaderes orientales; y, como Leda, fué la madre de Elena de Troya; y, como Santa Ana, fué la madre de María; pero todo esto no ha sido para ella sino como el són de liras y flautas, y vive tan sólo en la delicadeza con que ha modelado las cambiantes líneas y ha teñido los párpados y las manos. La idea de una vida perpetua, condensadora de mil experiencias, es antigua; el espíritu moderno ha concebido la noción de humanidad como tejido y resumen de todas las formas de vida y pensamiento. Ciertamente, Dama Lisa puede estimarse como la encarnación de la antigua fantasía y como el símbolo del espíritu moderno.

WALTER PATER

(Trad. de P. Henríquez Ureña.)

## INDICE

- ABRIL, MANUEL: Ha mugido una vaca en la noche, p. 30.  
AGORIO, ADOLFO: La gran angustia, p. 437.  
AGUAYO, A. M.: El trabajo manual en las escuelas, p. 317.  
ANDRENIO: El caso Maciá, p. 288.  
BEAUNIER, ANDRES: Tres días de Adán, p. 18.  
CAPDEVILA, ARTURO: La lámpara de Aladino, p. 61. Enseñanzas de amor, p. 402.  
CARDONA, RAFAEL: El Cofre Mágico, p. 475.  
DARIO, RUBÉN: La locura de la guerra, p. 55. Breve Antología histórica, p. 148.  
DE CAVIA, MARIANO: Responso pagano, p. 327.  
DE LA CRUZ, ERNESTO: El genio político de Bolívar, p. 454.  
DE UNAMUNO, MIGUEL: Papeletas a la alemana, p. 99. Tecnicismo y filosofía, p. 104.  
DE VELASCO, CARLOS: Soliloquio del filósofo, p. 225.  
DE VIANA JAVIER: Añojal, p. 448.  
DE ZULUETA, LUIS: Los doce mejores libros, p. 294.  
DIAZ RODRIGUEZ, MANUEL: La fiesta de la Raza en Caracas, p. 4.  
DIEZ CANEDO, E.: El sendero innumerable, p. 423.  
DOUGLAS, JAMES: La nación de las madres, p. 371.  
DUBLE URRUTIA, DIEGO: Fontana cándida, p. 342.  
GARCIA CALDERON, FRANCISCO: Un libro de Carlos Arturo Torres, p. 43.  
GUIXE, JUAN: El cordero bélico y el león pacifista, p. 307.  
GUZMAN ERNESTO A.: El buen árbol amigo, p. 37.  
HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: El nacimiento de Dionisios, p. 135. Rubén Darío, p. 241. De la nueva interpretación del Quijote, p. 420.

- HISPANO:** Un cantor de raza, p. 162. Con la vara de medir no pasaremos del mostrador, p. 338.
- HUIDOBRO VICENTE:** Mi alma te bendice, p. 231.
- LUGONES LEOPOLDO:** El tesoro de Scheherazada, p. 131.  
Cantares del mar y de la luz, p. 384. Ciencia y moral práctica, p. 442.
- MAETERLINCK, MAURICIO:** El heroísmo, p. 81.
- MARTINEZ SIERRA, GREGORIO:** Tierra y hogar, p. 348.
- MEMBRAÑO, ALBERTO:** La escuela pública, p. 33.
- MERCANTE, VICTOR:** De una encuesta, p. 377.
- MORENO VILLA, J.:** Cartera del pasajero, p. 166. Del mar, p. 164. Tres víctimas, p. 165.
- NERVO AMADO:** ¡Dios proteja a Francia! p. 369.
- O'LEARY JUAN E:** A mi hija, p. 92. ¡Muerta! p. 95.
- PATER, WALTER:** La Gioconda, p. 494.
- PEREZ A. J.:** El porvenir de América, p. 270.
- PEREZ DE AYALA RAMON:** Sobre la decadencia espiritual, p. 415.
- REYES, ALFONSO:** Un libro de Azorín, p. 358.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE:** La literatura posterior a la guerra, p. 65. La historia de Juan de Flandes, p. 296.
- RODRIGUEZ GONZALEZ, SALVADOR:** La neutralidad de Honduras y la cuestión del Golfo de Fonseca, p. 169.
- SANTA MARINA, LUIS:** Gils, buscador de felicidad, p. 263.
- SILVA VIDAL, ISMAEL:** Mi hermano que secasaba..., p. 311.
- SOUTHEY, ROBERTO:** La batalla de Blenheim, p. 123.
- TABOADELA, JOSE A.:** Un discurso sobre las humanidades clásicas, p. 408.
- TALERO, EDUARDO:** Salmo fraterno, p. 333.
- TERAN, JUAN B.:** El intelectualismo, p. 282.
- TORRI, JULIO:** En elogio del espíritu de contradicción, p. 397.
- TOVAR, ROMULO:** Un milagro de Jesús, p. 390.
- VALENCIA, GUILLERMO:** Una estatua de Camilo Torres, p. 278.
- VARONA, ENRIQUE JOSE:** Montaigne, auditivo, p. 53. Como debe leerse el Quijote, p. 110. Toque de llamada, p. 222. De una encuesta, p. 382.
- XENIUS:** "El pasajero" de Moreno Villa, p. 221.
- ZALDUMBIDE, GONZALO:** Un notable estudio de V. García Calderón, p. 114.
- ZAMBRANA ANTONIO:** Tejido de aire, p. 491